



CUARESMA

PADRE FUNDADOR VENERABLE JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA

“CONVERTÍOS, PORQUE ESTÁ CERCA EL REINO DE LOS CIELOS” (CF. MT 4, 17)

Tomado de la Homilía del Domingo III. T. O. Ciclo A. 1975.

Amadísimos Hijos míos en Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote:

La **conversión** es la meta final. ¡Ojalá al llegar la hora de nuestra muerte, estemos convertidos del todo! Esto es, hayamos dado de tal forma la vuelta hacia el Señor, que estemos totalmente transformados, que verdaderamente nuestra conversión sea total, íntegra. Es verdad que, mientras vivimos en la tierra, -lugar de tinieblas-, mientras estamos en la tierra, siempre seremos imperfectos, siempre tendremos algo que corregir. Entonces, a la palabra “conversión” vamos a darle el sentido de la ocupación que tenemos en nuestra vida mientras caminamos hacia la eternidad.

Nosotros vamos a interpretar la palabra “conversión” en orden a nuestra vida. Mucho pienso en esta palabra, y es que se presta a producir en el alma unas confusiones muy perjudiciales, y podemos perder el fruto de la verdadera conversión, bien esperando una conversión de escaparate y llamativa, bien haciéndola fruto de nuestra labor y de nuestro esfuerzo. ¡Cuidado!, ¡cuidado!, que es, ante todo, obra de la gracia de Dios; que la santidad en nosotros -y la conversión tiende a ella- es obra del Espíritu Santo, aunque nosotros hemos de colaborar y cooperar a ello. ¡Cuidado!, que creemos que es esfuerzo nuestro y pretendemos convertirnos, contando con nuestras fuerzas, nuestros planes, con nuestra estrategia y ascética propia. ¡Cuidado!

Amadísimos Hijos míos: yo os ofrezco una fórmula muy fácil para llegar a la conversión, que nosotros -si recordáis-, en el Retiro pasado hemos llamado: diaria, progresiva, callada, constante hasta el final.

En aras de la conversión, vamos a hacer un ejercicio práctico y positivo: **la presencia de Dios**. La frase está clara en la Escritura: “*Anda en la presencia del Señor y serás perfecto*”. Pero ¿qué tiene que ver esto con la conversión? Sí tiene que ver, y mucho. Enseguida lo vamos a ver.

El alma que vive en la presencia de Dios habitualmente no quiere faltar porque ha puesto su mirada en Él, no en sí misma. No sigue ese sentimiento egoísta, que siempre se busca a sí misma. No. Pone la mirada en Dios. Yo me quiero convertir a Él, me quiero convertir para gloria suya, para su complacencia, para darle a Él la satisfacción, y no a mí mismo, gozándome en que hoy soy mejor que ayer y que antes de ayer.

Entonces, lo que tengo que hacer es mirarle constantemente, tenerle presente, tenerle delante, caminar bajo su mirada, en su presencia.

Hay unas palabras en la Liturgia, en un salmo, muy hermosas: “*Caminaré en la presencia de Señor*”. Es decir: me voy convirtiendo mientras voy caminando, pero ¡en la presencia del Señor! De todas formas, siempre habrá faltas, imperfecciones e incluso pecados -así somos de cortos, de limitados-, pero serán muchos menos si ando en la presencia del Señor.

- Bien, Padre. Pero como soy tan tornadizo y débil... ¿no habrá alguna manera de evitarlos, si no del todo, al menos en mucha parte?

Aquí viene la táctica del **examen de conciencia**, para conocernos, porque el conocimiento de sí mismo es muy necesario, con la experiencia de nuestras caídas, de nuestros fallos. Y muy provechoso es aquello de “proponer antes de caer”.

Pero, Hijos míos, el examen de conciencia tiene el gran peligro de que hagamos de esa práctica -que, como digo, es muy necesaria para caminar el camino de la conversión- un ejercicio de mirada egoísta a nosotros mismos, que es lo contrario a “*andar en la presencia del Señor*”. Porque, mirándonos a nosotros mismos, vamos viendo siempre faltas, y no conseguimos liberarnos. ¡Ya está la persona, el yo! Y no: ha de ser Dios. Él. Él.

Entonces, el examen de conciencia, para que sea eficaz, vamos a convertirlo no en una revisión seca, un poco o bastante incómoda. No. Lo convertiremos en suavísima y sabrosa oración, en coloquio íntimo con el Señor. Es al Padre a quien vamos a confesar nuestras faltas, nuestros defectos del día. Y Él es Padre que escucha. Mientras que el Hijo, que es el que nos proponemos como modelo de nuestra vida -porque, lo hemos dicho muchas veces, nos hemos de configurar con Él- es el que está diciendo las dos palabras que dijo en la Cruz: “*Padre, perdónalos*”.

Y considerando nosotros todo esto así, se establece un coloquio de nosotros con el Padre y el Hijo, en el Espíritu Santo, porque, en definitiva, es un coloquio de amor, y el Espíritu Santo es Amor, y su moción va produciendo en nosotros, suavemente, la conciencia de nuestra imperfección. Y vamos arrepintiéndonos y doliéndonos, y entablamos una conversación, un coloquio lleno de arrepentimiento y de amor, todo mezclado.

Ahí no sale para nada la persona humana. Y, al final, después de recorrido el día en donde hemos realizado, con la gracia del Señor, pasos de conversión, con este encuentro que tenemos con el Padre, a quien confesamos nuestras culpas, con Jesús que está diciendo desde la Cruz: “*Padre, perdónale*”, y en el amor del Espíritu Santo al final, ya, descansamos en paz. Como si escucháramos la palabra: “*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*”. Y la paz inunda al alma, que queda en soledad con Dios solo, en silencio, pero con inmensa dulzura y quietud.

Y, ante los fallos -que, repito los tendremos hasta morir-, las infidelidades, los pecados, mirar, arrepentidos, al Señor y decirle:

- Señor, confío en Ti, creo en Ti, creo en tu amor. Hemos hecho las paces. La paz sea conmigo, Señor. La paz, la confianza, la gratitud porque me has perdonado.

Y escuchemos en el fondo del alma:

- “*Anda, y no peques más*”.

El alma recibe unos estímulos muy grandes para cooperar en la conversión, a pesar de las repetidas caídas en el mismo defecto y las mismas faltas. El Señor lo que quiere es que nos arrepintamos. Porque, el arrepentimiento produce amor, y el amor es lo que purifica, lo que verdaderamente convierte, lo que transforma.

Entonces, la palabra “conversión” es un ejercicio constante de todos los buenos afectos del alma, mirando a Dios y descansando en su bondad. Él es la **Bondad**. Él es nuestro descanso, y esperamos en su misericordia. Él es el Amor infinito. Andemos, pues, Hijos míos, en su presencia, y así, sin darnos casi cuenta, nos iremos convirtiendo.

No hacer el examen para ver si hoy soy mejor. ¡Deja estar eso! Eso lo sabe Dios. Él ha sido el que te ha dado los grados de amor, la gracia. Tú podrás averiguar si has caído una vez o dos o tres, pero no podrás saber nunca qué grados de amor tienes después de la caída, cuánto has alcanzado con tu arrepentimiento sincero y generoso, que es lo que Dios ha convertido en amor.

Sí, Hijo mío, anda en la presencia amorosa del Señor. Haz del examen un coloquio con las tres Divinas Personas. Y escucha las palabras *“Perdónale”* y *“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”*, con confianza plenísima, total, porque al final de ese coloquio de examen, lo que más desconcertaría al Señor es que desconfiases del perdón, porque sería desconfiar del Padre a quien dice el Hijo: *“Perdónale”*. Si desconfías es que el Espíritu Santo no ha sido escuchado por el alma, que ha preferido dar oídos a sí misma, a su amor propio, a todo ese lastre de naturaleza, de humano, que lleva consigo.

Entonces, la palabra que Jesús repite constantemente: *“Convertíos...”*; esa palabra que san Pedro dijo en el primer sermón después de Pentecostés; esa palabra que impulsa toda la predicación del Bautista, *“convertíos”*, hemos de hacerla realidad en nuestra vida. Tenemos que convertirnos continuamente, sabiendo que la conversión es ser cada vez mejor, cada vez más como Jesús, hasta transformarnos en Él. Tiene razón el Señor cuando dice: *“Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos”*. *“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”*.

Amadísimas Hijos míos: saquemos de esta lectura tan hermosa del Evangelio de hoy el fruto que está encerrado en la palabra *“convertíos”*, que, así entendida y así vivida, nos obtendrá unos resultados magníficos, convirtiéndonos de las tinieblas a la Luz, del error a la Verdad, de la muerte a la Vida.

Que así sea, amadísimos Hijos, en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.